

## Capítulo 2 - Such a lonely day

El restaurante “Sabores del Alma” es la excelencia en precisión, estéticamente y en su funcionamiento. Los movimientos de los camareros, tan fluidos y exactos, eran piezas de un reloj moviéndose con sincronización impecable, como sombras al amanecer, el roce de sus pasos contra el suelo apenas es perceptible. Cada uno atendiendo un cierto número de mesas repartidas en diferentes áreas del salón, sus trayectorias rodeando a los comensales nunca se cruzan ni se estorban mutuamente. El tintineo de la cristalería y el suave entrechocar de los cubiertos de plata componían una sinfonía que se mezclaba con el murmullo de las conversaciones. El aire, denso de aromas especiados y vapores cálidos, transportaba promesas de sabores aún por descubrir en unos platos con una cuidada preparación y perfecto equilibrio visual, acompañado de los suaves aromas de las cuidadas preparaciones, mimando al comensal con varias sensaciones sensoriales. Una idea cruza mi cabeza en ese momento: el oído. Nada en el restaurante estimula ese sentido. ¿Sería posible mejorar aún más la experiencia?

Instalado en una mesa del local, fijo la vista en una oronda figura dirigiéndose hacia mí:

- ¡Vaya Kaito! Hacía tiempo que no parabas por aquí.- Su voz retumbó en el salón antes de que pudiera verlo. Reconocí ese tono antes de girar, era Silver, inconfundible incluso en un espacio lleno de murmullos. La figura de Silver me pareció más imponente que nunca bajo las luces del salón. Siempre me había impresionado su presencia, pero esta noche su sombra parecía ocupar más espacio del habitual. De altura similar a la mía, quizá un poco más, probablemente su abdomen sea más ancho que mi espalda. Cojo de la pierna derecha y tuerto del mismo lado, ambos destrozados por un accidente hace mucho tiempo, se mantiene por costumbre confinado en la cocina dedicado a su arte. Asegura que su apariencia es mala publicidad para el restaurante.
- Demasiado, compañero, demasiado. - Sin ningún disimulo nos saludamos con un vigoroso abrazo con la familiaridad de viejos compañeros en mil dificultades. Su envergadura es tal que me envuelve completamente, sintiendo mi cuerpo superado por su peso y envergadura. Él es el alma del restaurante, nunca he conocido a alguien con un talento similar. Antes trabajaba con Billy, un pandillero de los bajos fondos, pero gracias a nuestros negocios comunes forjamos una buena amistad. Billy no puso ninguna pega a su marcha, contento por haberle ayudado a encontrar un futuro prometedor.
- Kaito, tienes mala cara. Pareces falto de energía, los hombros caídos, ¡pareces un cordero esperando ser sacrificado! ¿O es preocupación? ¿Ha pasado algo en el cuartel? ¿O es la típica morriña por tu magnífica esposa?
- Eso mismo, - mentí. Había notado mis hombros hundidos mucho antes de su comentario, pero me estaba costando mantener una postura erguida, los acontecimientos recientes y la situación general me pesaban más que cualquier carga física. Muchos pensamientos recorren mi cabeza y aunque a veces comparto algunos con mi viejo colega, no es un buen momento ahora mismo. Suelo ser bastante abierto con las personas de confianza a mi alrededor, pero hoy no, hoy mi desazón está confinada bajo llave.

- Bueno, ¡eso tiene arreglo, Kaito! - bramó, al tiempo que casi me arroja al suelo con un codazo lleno de camaradería, pero dejando un leve hormigueo en el costado. - Me visitas justo en un momento ideal - anunció, con una pausa teatral, de esas que siempre usa cuando quiere crear suspense. Le seguí el juego, aunque ambos sabemos que ese truco conmigo ya no funciona como antes- ¡tengo una nueva elaboración, bien potente, para que lo pruebes! - exclamó enérgicamente, acompañando sus palabras con movimientos rápidos de sus manos, los mismos que en otras ocasiones ha realizado al describirme una nueva técnica o combinación de sabores. - Esas especias nuevas del oeste, voy a ordenar un pedido grande porque tienen mucho potencial... - murieron despacio sus palabras mientras sus ojos se cierran despacio, completamente fijos en mí. - Vamos, hombre, ¡no seas mustio! ¡Me estás amargando la presentación! ¿Acaso no te importa?
- ¡No, no! Perdóname. Me encanta, lo sabes. Simplemente, esta conversación será más complicada de lo habitual, aunque saborear las novedades de tu menú es de las actividades más gratificantes en Mitras.
- Pues siéntate y ten a mano el agua, porque lo necesitarás. Además me avisa un pajarito, están aquí tus invitados habituales. ¿Preparo la cena?
- Sí, perfecto, pero hoy comeremos en el reservado. - Los ojos de mi amigo se abrieron amplios, iluminados por una chispa de asombro que pronto se apagó, y su expresión se cambió ante mis palabras. Vi cómo su sonrisa se desvanecía mientras sus cejas se fruncían, ensombreciendo su rostro. No pude evitar preguntarme qué pensamientos le habrían asaltado para provocar tal cambio.

Ya en el reservado, espero a mis socios Vivienne Moureau y Marcus Vidal mientras el murmullo constante de las conversaciones y el tintineo de los cubiertos llenan el aire. La primera es una importante terrateniente de Mitras heredera de una importante cantidad de terrenos de sus padres. Pero el verdadero aumento de su riqueza se debió a su pericia encontrado negocios necesitados de esas tierras, ponerlas a su disposición obteniendo fuertes beneficios y adquirir nuevas tierras e inmuebles anticipándose a las necesidades de otros. Marcus es uno de sus principales clientes, un importante empresario con un amplio espectro de diferentes negocios interrelacionados. Establece redes de negocios colaborando entre ellos de forma que la mejoría de uno repercute en todos. De esta forma, la mejora de los negocios de cualquiera de ellos o el descubrimiento de nuevas oportunidades repercute en la prosperidad de ambos. Y por su asociación conmigo, en mí. O viceversa, pues mi posición de acaudalado comerciante en muchas ocasiones se traduce en proveer de oportunidades nuevas a todo el entramado. Vivianne avanzó hacia la mesa, una flecha buscando su diana: su columna vertebral trazaba una línea tan recta como las baldosas del suelo, mientras sus ojos se clavaban en mí, cuchillos deslizándose sobre la piel de mis intenciones. Sus labios, prensados en una fina línea, parecían contener palabras no pronunciadas. Cada paso medido, cada movimiento calculado de sus manos al apartar la silla, complementaban la sobriedad de sus ropajes mate. Su presencia, con cuidada austeridad demostrada en los cortes rígidos de su vestimenta, ocultaba tras su aparente simplicidad el mismo poder que una daga enfundada en seda. Pero no ha alcanzado esa posición gracias a un profundo conocimiento y manejo de las inversiones

inmobiliarias, constantemente un paso por delante para estar en el lugar adecuado. Esa habilidad, unida a su implacable capacidad negociadora, han sido las claves de su éxito. Marcus es diametralmente opuesto, el perfume especiado llegaba primero, heraldo de su presencia exuberante, su sonrisa radiante y despreocupada es su tarjeta de presentación. Poco a poco conforme cruza el restaurante y se retrasa respecto a Vivianne, saludando a alguien en casi todas las mesas con las que se cruza. Es extrovertido y amigable, saluda a cualquiera como si se conocieran de toda la vida y cada despedida es acompañada de una sonrisa. No sólo su personalidad, también su vestimenta es, sin excepción, llamativa, jactándose de pasar semanas sin necesitar repetir una prenda. El único elemento común, en cualquier aparición pública, es una gorra plana, de forma redondeada y ancha. Aunque no repita la misma, nunca viste sin una, es su seña de identidad.

- Hola Kaito. - Me saluda con su acostumbrada formalidad. La espero de pie y estrechamos las manos mientras nos observamos el uno al otro. - A juzgar por tu forma de saludar, ¿vamos a comer en el reservado?
- Cuando Marcus nos honre con su presencia.
- Entonces, supongo que no cenaremos.- El lado izquierdo de sus labios se estiran tensando la comisura de sus labios y estirando el ojo ligeramente.
- Vamos, no seas exagerada.- Marcus mantiene su sonrisa intacta ante las palabras de Vivianne; solo he visto esa expresión afable quebrarse ante insultos directos y crudos. - Bueno, amigo mío, ¿qué hacemos de pie? ¿Nos sentamos?
- Sí, pero en el reservado. No tengo hoy humor para que nos interrumpan constantemente para saludarte. - Mientras pronuncio estas palabras, señalo con un gesto de mi mano al reservado habitual de nuestras conversaciones.
- No me gusta Kaito, normalmente nuestras conversaciones ahí son para negocios - protestó Marcus.
- Es cierto, Kaito. - El comentario obtiene el apoyo de Vivianne. - ¿Algo anda mal?
- No, nada - mentí. - Simplemente os he dicho que no me apetecen interrupciones. Ha sido una temporada difícil.
- Si es eso...- aceptó, aparentemente, Marcus.

Es mentira. Siento un cierto cargo de conciencia, pero realmente necesito hablar de negocios con ellos, pero no deseo crear tensión innecesaria. Las palabras de Marcus flotan en el reservado con la misma ligereza que su perpetua sonrisa y se mezcla con el zumbido distante del comedor: mi primera invitación tras visitar el cuartel se trata de una cortesía social entre nosotros. Una especie de reencuentro amparado en la posibilidad real de morir en cualquier misión emprendida con el Cuerpo de Exploración.

Y eso que, recordando la visita de Kenny y el transcurso de la mañana, siento que necesito respirar. Aunque típica y habitual, he experimentado un grado de pesadumbre mayor a lo acostumbrado. Primero, es completamente necesario para mí acudir a informar de mi presencia tanto al Comandante General Darius Zackly. Sin tener demasiada complejidad esta visita, sin embargo, resulta amarga en todas y cada una de las ocasiones: casi cualquier palabra que sale por mi boca en esa reunión es mentira. El Comandante General debe recibir una justificación de mi presencia en la capital en lugar de mi presencia en el Cuartel de Exploración. No por ya conocida y común mi presencia aquí ha dejado de necesitar una justificación, teóricamente

real, pero una excusa falsa al fin y al cabo. Algo que no sería un problema, ya que con los años me he acostumbrado, por desgracia, a mentir y mentir en casi cualquier aspecto de mi vida. La mayor desazón de esta entrevista es la sospecha, casi certeza, de que Darius es conocedor no sólo de estas mentiras, también de aquel conocimiento tan deseado por mí. Después, aviso al Comandante de la Policía Militar, Nile Dok, a modo de cortesía. Y al SubComandante, mi mortal enemigo en la capital.

- Bueno, Kaito, ¿qué nos ha preparado esta vez Silver?
- Otra vez...- De nuevo, se queja, no va a ser un buen día.
- Marcus, sabes que no lo sé, es prerrogativa del cocinero elegir nuestro menú, ¡y no recuerdo que nos haya decepcionado! Sí te puedo avanzar, hoy nos va a servir una primicia.
- Le encanta agasajarte... - responde con seriedad Vivianne, sin molestarse en dirigir su mirada hacia mí.

Apenas unos instantes después, los camareros aparecen con los servicios seleccionados por Silver, y un aroma picante y cálido se desprende, despertando un hormigueo en la lengua antes del primer bocado. Noto como mi cuerpo pide saborearlos cuanto antes, incluyendo su nueva y potente especialidad, el "Matatitanes del Oeste". Una elaboración fuertemente especiada y sabrosa a base de carne de res. Lo saboreamos al mismo tiempo los tres; el calor de las especias invade la boca de Vivianne, arrancándole un leve brillo en los ojos, mientras Marcus hace una mueca, su lengua intentando disipar la intensidad del condimento. Este último no está de acuerdo con su fuerte sabor al impedir saborear el resto de los manjares. Pero para su gusto eso es una virtud pues no le gusta comer demasiado y prefiere sabores fuertes. Todo va bien y aprovecho el momento para expresarles mi verdadera preocupación, mi verdadero motivo para la reunión. Aunque inicialmente no es bien recibido, con Marcus incluso profiriendo amenazas de dejar la mesa, Vivianne calma la situación otorgándome un voto de confianza en virtud de nuestro pasado juntos. Y en honor al inicio de nuestra andadura juntos, un momento con sus negocios prácticamente en la ruina y con una única persona dando un paso adelante para ayudarlos. Yo.

Tras compartir con ellos los detalles de mi plan aceptan concederme un tiempo para ultimar los detalles de su implementación. El trato se endulza con una proposición menos arriesgada, más empresarial. Maelstrom, otra idea disparatada girando en mi mente, un club privado con instalaciones propias de entrenamiento. El descontento por los entrenamientos en el Cuartel General de Mitras es de sobra conocido, lo cual puede ser una interesante fuente de negocio ya que los miembros de este cuerpo son bien remunerados en general. Aunque ambos están de acuerdo, Vivianne entrecierra los ojos y sus dedos tamborilean sobre la mesa mientras me observa, pero sus labios permanecen sellados sin formular más preguntas. Me conoce bien, y efectivamente hay gato encerrado: Maelstrom es una excusa, un punto de encuentro, un lugar donde reunir a los elementos críticos con la Policía Militar gracias a aquellos miembros aún leales a la filosofía y métodos de mi amiga Kouchel.

Una vez terminada la comida, tomo un carro y me desplazo a la última cita del día. La última, y todavía más importante que mi visita al Cuartel General y la comida con mis socios. El carruaje me envuelve en su jaula de madera y cuero. El olor a barniz y caballo se cuele por las rendijas

junto con ráfagas de aire fresco. Cada bache en el empedrado envía vibraciones que suben por mi espalda, mientras el traqueteo de las ruedas marca un ritmo hipnótico contra los adoquines. El tapizado áspero del asiento raspa contra mis palmas cuando me inclino hacia la ventana, donde el cristal frío se empaña con mi respiración. A través del cristal me parece revivir, difuminadas por el recuerdo al igual que los edificios del exterior, las imágenes de mis vivencias en Mitras. Se deslizan en la sombra de mi mente a semejanza de serpientes, esperando el momento oportuno para atacar e inocular su ponzoña. Rememoro actos cometidos siendo un criminal de poca monta, aprendiendo de mi hermano John en la Ciudad Subterránea y luego en la propia Mitras con Billy, un traficante peligroso especializado en hacer llegar lo que no debería a quien no debería o, al menos, a quien pague suficiente. Pensaba que estaba sacrificando mi alma por mi deber, pero la ignorancia es muy osada y pronto me daría cuenta de mi ingenuidad. A modo de una espiral descendente en el abismo de la oscura se tratara, pronto comencé a destacar y me gané la confianza de Billy en mi desempeño. Comencé una carrera mezcla de espía y comerciante, vendiendo joyas creadas por un reputado orfebre mediante materiales robados. Aquí la sombra de Kenny comenzó a aparecer por los límites de mi vida: los materiales los obteníamos robando aquellos cargamentos indicados por él, y entregando su parte del pastel. Gracias a esto, viaje por buena parte del país y visité multitud de casas acaudaladas de Mitras, recabando una ingente cantidad de información figoneando y escuchando. Mi único consuelo en ese entonces, el único sorbo de agua que ahogaba mi sed en mi desierto emocional, era la posibilidad de aprovechar los viajes para visitar el Cuartel General del Cuerpo de Exploración. Revivo las lágrimas de Hange cuando volví por primera vez y siento el ardor húmedo en mis propias mejillas cuando, casi un año después, su voz quebradiza me reveló que “ya no sabía si estaba muerto en algún rincón de las calles de Mitras”.

Cuando mi mente regresa a ese momento de mi vida no puedo evitar vislumbrar el entorno por la ventana del carruaje. Está oscureciendo, el sol comienza a esconderse...tal y como sucedió en mi vida. En este punto, los abusos de mi padre sobre Kouchel fueron imposibles de esconder a mi hermano y a Kenny. Amenazó de muerte a mi hermano, al que años antes encomendó la tarea de vigilar a “su niña”. Recuperando mi condición de vendedor de joyería para el orfebre Cartier, conseguí entrar de nuevo en su casa y hablar con ella. Aunque mi hermano no entendía completamente la situación, le manipulé a él y su relato para dar una explicación a Kenny.

Al recordar este momento el corazón me duele, el peso de mis actos martillea en mi corazón a semejanza de los recibidos por un yunque. Aún no tengo claro si mi intención en este momento fue salvar la vida de mi hermano, amenazado por Kenny ante la falta de respuestas, o dirigir su furia hacia él. Quiero creer la primera, pero las incipientes lágrimas en mis ojos no me hacen estar tan seguro, y dudo de mi honorabilidad al recordar ese momento. Al fin y al cabo, fui tan miserable de ampararme en una promesa para no ayudar a Kouchel antes. Mis manos tiemblan al apartarme las lágrimas, consciente del ser miserable en el que me había convertido. Afortunadamente, mi destino está cerca y el carruaje no tarda en recorrer la distancia que me separa de él. Inspiro profundamente y trato de recuperar el ánimo contemplando mientras el sol se desliza detrás de los tejados, un ladrón escapando y llevándose consigo el calor y la luz del día. La espiral negra de pensamientos sobre mi pasado, cuando no consigo detenerla, me sume en un terrible estado de negatividad, acabando esas noches en estados que prefiero no

recordar. Pero he llegado a la casa de Madeleine, mi abogada. La conocí en un momento difícil y lleno de dificultades, algo típico en mi vida.

Bajo del carro y contemplo su elegante residencia. Meticulosa en el perfeccionismo de su estado, pero sin ostentación. Me acerco despacio a la puerta, aún tratando de liberarme de las negras brumas de mis pensamientos anteriores. La puerta se abre antes de mi llegada, apenas me doy cuenta me yergo en un intento de recomponer la compostura. Allí estaba en la puerta Madeleine, su apariencia proyecta una imagen elegante y cuidada, su lenguaje corporal transmite autoridad y refinamiento mezclados con una amplia sonrisa, el afilado bisturí de una cirujana, lista en cualquier momento para cortar la verdad. Una auténtica depredadora legal capaz de moverse en círculos muy exclusivos y negociar con una implacabilidad aplastante.

- Pasa, Kaito. No tenía aún informe de tu presencia hasta recibir tu petición de veros, me sorprendió. ¿Llevas mucho tiempo en la ciudad? - Madeleine abre el paso de su residencia y nos dirigimos despacio a su despacho. Su residencia es al mismo tiempo su oficina, aunque mantiene ambas partes claramente diferenciadas. Sin embargo, la pulcritud y el orden en la decoración es una constante, la residencia de Madeleine era un tablero de ajedrez, cada pieza colocada con intención calculada, esperando el siguiente movimiento.
- No, Madeleine, sólo desde ayer. Siento la escasa anticipación, soy consciente de tu ocupada agenda y la dificultad de hacerme un hueco entre otros compromisos.
- Eres realmente insufrible - replicó resoplando Madeleine, para después señalar a su despacho abierto. - Por favor, siéntate en el despacho y me explicas lo que necesitas. E intenta ser breve, te esperaba más temprano.
- De acuerdo, Madeleine. - Me hundo en el sofá del despacho y el terciopelo susurra contra mi piel, es una suave caricia reconfortante en mi cuerpo. El aroma a madera encerada y cuero de los libros impregna el aire, mezclados con un tenue perfume a lavanda que parece emanar de los cojines. La luz del atardecer se filtra por los cristales creando patrones dorados sobre la alfombra, mientras el tictac del reloj de pared marca el paso del tiempo con precisión implacable. - Quiero, Madeleine, que revises los escritos de propiedad de todas mis empresas, - Madeleine asiente, sonriendo ligeramente pese a su inexpugnable frialdad en el ámbito profesional - pero sobre todo, quiero que revises mi testamento.
- ¿Tu testamento, Kaito?
- Sí, mi testamento. Quiero garantizar el futuro de mi esposa, mi hermano, y el servicio de mi casa.
- Eso es sencillo, Kaito, - declaró la abogada acompañando la frase con un semblante aburrido, - y además no es todo. Nunca eres directo, das demasiados rodeos, y lo que me dices no es merecedor de esta premura. Recuerdo cuando hicimos tu testamento, después de ser masticado por un titán y aún pensando que quizá no volverías a andar.

Madeleine se levantó, contemplándome de arriba a abajo con semblante serio. Se acerca al escritorio, abre un cajón y extrae un bloc de papel en blanco.

- Kaito, de verdad, ¿qué quieres? - La voz de Madeleine proyecta una inflexión dura, sus ojos clavados en mí, y al mismo tiempo se sienta en su puesto y se prepara para escribir.

- Madeleine, quiero modificar mi testamento para, en caso de morir, liquidar completamente todos mis bienes y activos. - La pluma tembló en su mano como un péndulo que anunciaba el fin de una era. Mi corazón se ha acelerado y late con fuerza en mi pecho, los dedos clavados en el sofá, me inclino ligeramente hacia adelante al pronunciar mis intenciones.- Quiero acabar con el conglomerado Connor. - Mis palabras cayeron como un meteorito en el océano de su profesionalidad, levantando olas de incredulidad. - Pero quiero entrelazar estas ventas con obligaciones de compras que comenzaré a negociar en breve. Quiero desatar un apocalipsis financiero si alguien osa matarme en Mitras.